



Paysandú, 18 de marzo de 2020.

Estimados educadores y educadoras:

Frente a la propuesta de ir generando materiales y actividades para que nuestros alumnos sigan "virtualmente" en contacto con nosotros; lo veo como una oportunidad en dos direcciones: una seguir alimentando y motivando su interés por aprender, y la otra "muy salesiana" sigo acompañándote en situación que estamos viviendo.

También el Colegio quiere estar con ustedes, por eso aquí les envío un texto que siga alimentando nuestra reflexión y lo fundamental nuestra "pasión" por educar.

Fraternalmente y confiando en la Auxiliadora, P. Húber

Ponerse en la piel del otro. Adaptarse.

"El hombre que hace que las cosas difíciles parezcan fáciles es el educador". Ralph Waldo Emerson.

La adaptación es un principio pedagógico fundamental. Sin adaptación no hay proceso educativo. La finalidad del proceso educativo es comunicar, dar a entender, transmitir lo que se ha aprendido a alguien que lo desconoce.

Para ello es fundamental aclimatarse, conocer el registro lingüístico del oyente, saber dónde está, qué domina, qué ignora, pues solo de ese modo puede establecerse el mínimo vínculo empático entre maestro y alumno.

Adaptarse presupone un acto de escucha. El maestro, antes de transmitir su saber, tiene que cotejar lo que los alumnos saben y debe tener la flexibilidad para empezar en el nivel que corresponda. Algunos actúan si reparar en ello, sin escuchar a sus alumnos, con lo cual se produce una situación estéril desde un punto de vista educativo, porque o bien transmiten lo que los alumnos ya conocen, o bien se sitúan en un plano tan elevado que una gran parte de los alumnos no puede seguirlos, con lo cual se rompe el nexo comunicativo y se produce el desencuentro.

El resultado final es que el maestro está dentro de su burbuja y no sale de su propio discurso, y el resto de los alumnos está en otra burbuja. No hay intersección; son como dos líneas paralelas que se cruzan en el infinito.

Adaptarse no es fácil, pero es absolutamente necesario para educar. Muchos maestros y profesores, especialmente en la universidad, se lamentan del bajo nivel de conocimientos que tienen los alumnos y no están dispuestos a adaptarse a su situación, porque si lo hacen, temen no poder acabar con los niveles de exigencia que requiere el mercado profesional.



El argumento no es baladí, pero educar es adaptarse, es descender al plano del alumno para elevarlo hasta la cima, para darle la mano y acompañarlo en la larga travesía.

Este descenso es incómodo, pues altera los planes y la programación, pero el maestro está al servicio de sus alumnos, y para poder elevarles tiene que recogerles ahí donde ellos están. Para algunos profesores universitarios, este descenso es humillante, porque dan por sentado una serie de conocimientos y no están dispuestos a entrar en ellos. Para otros, este descenso es un acto de paternalismo, una forma de laxitud moral.

Considero que adaptarse es fundamental. Lo saben muy bien muchas maestras y maestros a lo largo y ancho del país que desarrollan su labor educativa en aulas multiculturales y multiétnicas, donde se reúnen alumnos de procedencia muy diversa y con niveles educativos muy distintos entre sí.

El buen maestro se adapta a todos ellos, exige a cada alumno lo que puede dar, pero no olvida a los alumnos que, por razones de tipo social, económico o familiar, parten de una situación de gran desventaja.

Adaptarse es, en primer lugar, un ejercicio lingüístico. El primer obstáculo para establecer la comunicación entre el maestro y el alumno es la jerga lingüística, el idiolecto, especialmente en el campo universitario.

El alumno debe iniciarse en un lenguaje nuevo, que desconoce radicalmente. El maestro tiene que alternar el lenguaje especializado, propio de la materia que está tratando, con el lenguaje común, pues de otro modo perderá a sus alumnos en las primeras clases.

El buen maestro sabe explicar con imágenes y términos simples lo arduo y difícil; no necesita articular un lenguaje ampuloso y artificioso para aparentar profundidad y competencia.

Quien domina bien un saber tiene la capacidad de comunicarlo de un modo claro al vulgo, sin necesidad de exhibir todo lo que sabe, ni de humillar a su auditorio.

Esta adaptación no debe ser interpretada jamás en términos de derrota o de resignación, sino como el punto de partida de la educación. Descender es un acto de responsabilidad y de benevolencia; un gesto que tiene como finalidad romper la asimetría que separa al maestro del alumno de tal modo que el alumno crezca, amplíe su mundo interior, acceda a un universo que antes del encuentro con el maestro desconocía totalmente.

Tomado de: "Pasión por educar", Francesc Torralba, Ediciones Khaf, Barcelona 2015. He conservado las expresiones textuales del autor: podemos sustituir por la palabra educador, que es más amplio.